

# El valor moral

## Reflexiones en torno a un concepto difuso.

▶ **P. José Carlos Zancajo, L.C.**  
Profesor de la Cátedra  
de Ética. Capellán  
Universidad Metropolitana.



¿Qué es lo mejor, qué es lo bueno, cuál es el valor de tal o cual cosa o acción?. Para responder adecuadamente, de manera racional o razonada, se ha elaborado la "teoría de los valores" o Axiología

La acción humana (la conducta consciente y libre del hombre), atraviesa con frecuencia situaciones conflictivas, es decir, situaciones en que el hombre no sabe qué hacer porque no sabe qué es lo bueno o lo malo, qué es lo mejor o lo peor. Sólo cuando el comportamiento humano está hipotecado a los instintos o a los condicionamientos sociales estas cuestiones no tienen importancia para una persona. La vida impone a diario la necesidad de elegir, y elegir es "tomar algo y dejar otra cosa", decidir entre varias opciones posibles. Por eso en las acciones y decisiones humanas (conscientes y responsables), es preciso responder a la pregunta, planteada en el mismo momento de la elección o previamente: ¿Qué es lo mejor, qué es lo bueno, cuál es el valor de tal o cual cosa o acción?. Para responder adecuadamente, de manera racional o razonada, se ha elaborado la "teoría de los valores" o Axiología, que ha pasado a formar parte de la Ética sólo a partir de la época moderna, puesto que una teoría específica de los valores no se desarrolló sino a principios del siglo XX.

### El valor, en general:

El diccionario de la lengua define el "valor" como una cualidad que poseen algunas realidades por la cual estas realidades son estimadas, apetecidas y buscadas por el hombre. Pero esta definición no es clara para todos. Desde la antigüedad está planteado el debate sobre la "esencia" del valor. Hay dos corrientes principales: Unos sostienen que el valor es una realidad subjetiva, o mejor dicho, una interpretación subjetiva de la realidad. Así se explica -dicen estos pensadores- que unas mismas cosas o seres, revistan gran valor para unas personas y para otras no (v.gr: dependiendo de las creencias, las vivencias, las circunstancias de la persona). Por el contrario, la otra corriente sostiene que el valor es siempre valor, objetivamente y con independencia de las personas. Se contraponen así ontología (primacía del ser) y axiología (primacía de la valoración que hacen de los seres las personas humanas).

Este debate se agudizó con las teorías económicas modernas que han intentado explicar en qué consiste el "valor económico", el precio justo de las mercancías, el salario justo, etc. Adam Smith había señalado una paradoja: Muchas mercancías o productos son de gran "utilidad", pero en el mercado tienen un "precio" muy bajo. Y al revés. Ejemplo de lo primero es el agua, y de lo segundo los diamantes. Por eso en la teoría económica clásica, el valor (económico) intrínseco de las cosas se mide por la cantidad de trabajo que se requiere para fabricarlas, la materia prima empleada, etc. Es decir, por los factores "objetivos". Pero el precio depende de la capacidad que tenga el producto para satisfacer alguna necesidad humana concreta y de su escasez relativa según la poca o mucha demanda del producto. Se introdujo así una distinción (en el campo eco-

nómico) que causará ardientes polémicas y tendrá consecuencias políticas incalculables: “Valor de uso” o “valor de mercado” y “valor de cambio” o “valor trabajo, valor natural”. El “valor de uso” es la apreciación que hace la gente del producto en cuestión; es subjetivo y muy variable, pues depende de la escasez, de su atractivo, de la utilidad... El “valor de cambio”, por el contrario, se mide por la cantidad de trabajo necesario para producirlo y es algo objetivo y fácilmente mensurable.

En el debate, que ha continuado hasta nuestros días en las diversas escuelas y sistemas económicos y filosóficos, ha quedado claro que las cosas no son solamente “valiosas” en sí mismas, sino por su relación con el hombre. Dicho de otra manera, no todos los “bienes” (realidades objetivas) son valores; y pueden considerarse como “valores” (apreciaciones subjetivas) realidades que no son bienes. Ejemplo de lo primero sería el trabajo voluntario, y de lo segundo, la pornografía o la prostitución infantil.

### El valor moral

En este contexto de ideas se sitúa la problemática moderna del valor moral, problemática que ha sido puesta en el tapete por el subjetivismo moral, que ha penetrado las ideas morales y la cultura en general de nuestro tiempo.

El subjetivismo afirma que los valores son creados por el hombre, por cada uno. No hay bienes o valores objetivos o de validez universal. Esta teoría, llevada a sus últimas consecuencias, conduce a una “hybris” (arrogancia) suicida, al espejismo falaz en la toma de decisiones, pues nuestras decisiones serán con frecuencia destructivas al no tomar en cuenta la realidad, no obstante una transitoria “satisfacción”. Por eso la lógica y

la experiencia de vida nos llevan, no a suprimir toda subjetividad en la determinación del valor, o a negar la relación con la persona humana en la constitución del valor, sino a enriquecerla y consolidarla con otro elemento esencial: el bien objetivo, o la afirmación de que la verdad es un ingrediente esencial del valor.

En consecuencia afirmamos que el “valor” es un bien objetivo, conocido y reconocido como tal por las personas. El “valor” es simultánea y necesariamente objetividad (un bien) y subjetividad (conocido y reconocido como tal). Ambos elementos son esenciales. Pero hay una subordinación entre ambos, pues lo primero y fundamental para que haya valor es que sea un bien verdadero y objetivo eso que nosotros queremos, apreciamos y buscamos; de lo contrario, la búsqueda termina en el fracaso, la frustración y el auto-engaño.

Esta reflexión nos pide que aclaremos qué es el “bien”, puesto que constituye el fundamento objetivo y primario del valor. La definición clásica (“el bien es aquello que todos buscan”) parece un inútil duplicado de la definición del “valor”, puesto que indica una realidad o cualidad apetecida por los seres, especialmente los seres pensantes, los cuales no pueden apetecer algo que primero no conozcan y reconozcan como un bien (aunque sólo sea de manera intuitiva). Por eso creo necesario buscar la definición del “bien” por otro camino: el análisis de la experiencia humana individual y comunitaria. Este análisis nos dirá qué es lo que realmente es constructivo, positivo, enriquecedor, realizador de la persona humana (presuponemos que se tiene una noción suficiente de qué es la “persona humana”).

Buscamos una definición sencilla y directa, a partir de una experiencia universal que todos podemos comprender y que ya tiene una larga historia. Es el camino que ha señalado Alexis Carrel



Las cosas no son solamente “valiosas” en sí mismas, sino por su relación con el hombre. Dicho de otra manera, no todos los “bienes” (realidades objetivas) son valores; y pueden considerarse como “valores” (apreciaciones subjetivas) realidades que no son bienes.

La definición del bien será más certera y más precisa la delimitación de su significado concreto, en la medida en que tengamos un mejor y más completo conocimiento de lo que es el hombre o la persona humana. Así, pues, llamamos "bien", en general, a todo aquello que constituye al ser humano, lo construye, lo engrandece, le permite crecer en todas las dimensiones de su ser.

cuando escribe en su obra "La incógnita del hombre" (pag., 130):

---

"La definición del bien y del mal está basada a la vez en la razón y en la experiencia secular de la Humanidad. Se halla en relación con las necesidades básicas de la vida social e individual. Sin embargo, es un tanto arbitraria. Pero en cada época y en cada país debe ser definida con claridad y ser idéntica para todos los individuos. Lo bueno equivale a la justicia, la caridad y la belleza. Lo malo, a la ruindad, al egoísmo, a la fealdad".

---

Esta forma concreta de definir el bien presupone un conocimiento integral de la persona. En tal sentido no hay duda de que la definición del bien será más certera y más precisa la delimitación de su significado concreto, en la medida en que tengamos un mejor y más completo conocimiento de lo que es el hombre o la persona humana. Así, pues, llamamos "bien", en general, a todo aquello que constituye al ser humano, lo construye, lo engrandece, le permite crecer en todas las dimensiones de su ser.

También podemos seguir el camino legítimo de la definición conceptual y abstracta del bien. En esa línea, "bien" es cualquier característica positiva, cualidad o perfección de los seres. Y entre ellas, la primera y fundamental es la existencia, hasta el punto de que "bien" y "ser" se incluyen mutuamente: El bien es real, existente (si no, no sería un bien); y todo ser, por el simple hecho de ser, es bueno, es un bien.

Para redondear estas reflexiones, conviene también aclarar brevemente el concepto de "mal". La definición clásica del mal es "la ausencia o privación de un bien debido". En consecuencia, puesto que todo lo que existe es bue-

no, por el mismo hecho de existir, el mal no tiene ser o existencia en sí mismo, no es algo, sino pura carencia o privación. El mal es siempre parásito del bien. No existe ningún "mal subsistente", un ser que no sea más que mal, puro mal, como sostienen las teorías dualistas (p.ej. el maniqueísmo ha sostenido que el mal es un ser, tiene identidad y consistencia en sí mismo, incluso es un dios).

Pero el mal no debe confundirse con la "imperfección", que es carecer de algo que no corresponde a la propia naturaleza. En tal sentido, todos los seres son imperfectos, y sólo Uno puede ser el Ser Perfecto. El filósofo Leibnitz cometió el error de llamar a la imperfección "mal metafísico", expresión que no deja de ser confusa, quizá contradictoria, porque da a entender que la existencia puede ser un mal.

El mal puede ser físico o moral. El mal físico es la privación de un bien debido en el campo de la constitución de un ser, de la ontología, sin implicación de la libertad en dicha privación. El mal moral es la privación o carencia del debido orden en el ejercicio de la libertad; es decir, el mal moral está solamente en la voluntad libre cuando decide contrariamente a lo que debería. Es un des-orden, un ab-uso de la libertad.

Recapitulando nuestra reflexión podemos establecer que el valor moral es un bien en cuanto que es una cualidad de la voluntad libre que decide como debe; ésta adquiere una perfección del todo especial cuando obra rectamente con toda la intencionalidad y autoconciencia. Una persona humana alcanza y posee el valor moral cuando se compromete en una buena acción libremente y por la bondad misma. Y tendrá más o menos valor moral cuanto mayor y más intenso sea su compromiso con la rectitud, con la bondad moral.

## La multiplicidad y jerarquía de los valores.

No hay un solo valor, sino muchos, porque hay muchos seres, muchos bienes y todo ser puede llegar a ser un valor para el hombre, dado que son muchas sus necesidades y deseos.

Pero estamos hechos de tal modo que, con frecuencia, no podemos poseer todos los bienes y es frecuente que para poseer algunos tengamos que sacrificar otros. En nuestra vida, pues, se da el “conflicto de valores” que nos plantea una pregunta: ¿Cuáles son los bienes más importantes para un ser humano? ¿Cuáles podemos sacrificar sin sufrir graves daños, sin destruirnos o perjudicarnos? ¿Cuál es, por tanto, el orden y la jerarquía de los valores?.

Podemos hacer una lista de los valores en el orden en que aparecen en nuestra vida, sin establecer todavía una rigurosa jerarquía entre ellos:

- Valores biológicos: la salud, la integridad física, la belleza física, la vida biológica...
- Valores económicos: dinero, alimento, vestido, confort, bienestar, habitación...
- Valores cognitivos: ciencia, arte, cultura, tecnología, destrezas...
- Valores sociales: amistad, familia, patria, colaboración...
- Valor moral.
- Valor religioso.

La pregunta difícil es: ¿Cómo los ordenamos correctamente?. Hay una respuesta general de principio: Es inferior aquel valor que puede ser sacrificado sin que el hombre pierda dignidad, sin que deje de realizarse y de construirse humanamente. No podemos negar que en todas las decisiones que son elecciones hay una pérdida, un sacrificio. Por

eso hay conflicto. Pero el sacrificio del valor inferior para conservar o alcanzar un valor superior es, finalmente, un crecimiento para el hombre y un paso hacia la consecución de su plenitud específicamente humana que es su último fin. Y no sucede así en caso contrario. Por eso el sacrificio del valor inferior es una decisión razonable.

Ahora bien, si analizamos la lista anterior de valores, podemos formar dos grandes bloques: Valores esenciales o nucleares, y valores accidentales o periféricos. Llamamos “valores esenciales” a aquellos bienes que nos constituyen como persona humana y sin los cuales no existimos como persona: La vida, la libertad y, en última instancia, el Creador. “Valores periféricos” en cambio son aquellos bienes que nos complementan y enriquecen en nuestro ser personal, pero de los que podríamos prescindir sin sufrir daños irreparables en nuestra persona. En consecuencia, los valores esenciales son innegociables, son los valores superiores para una persona. Los demás valores admiten negociación dentro siempre de lo razonable.

### El valor moral

Existe el valor moral puesto que el hombre es libre, y la calidad humana y moral de una persona está en función de cómo usa su libertad y todo lo que la libertad implica (racionalidad, espiritualidad, solidaridad, transcendencia...). Más aún: el valor moral es absoluto, el más importante, porque afecta al hombre en su esencia humana y define el ser o no ser hombre, ser persona. Esto significa que los demás valores algunas veces pueden y deben ser sacrificados, pero no el valor moral. El hombre puede y debe renunciar, en caso de necesidad, a todo lo “periférico” de su ser, antes que herir o destruir su núcleo íntimo constitutivo: ser racional, espiritual, libre, trascendente, responsable. Como decía

Estamos hechos de tal modo que, con frecuencia, no podemos poseer todos los bienes y es frecuente que para poseer algunos tengamos que sacrificar otros. En nuestra vida, pues, se da el “conflicto de valores” que nos plantea una pregunta: ¿Cuáles son los bienes más importantes para un ser humano? ¿Cuáles podemos sacrificar sin sufrir graves daños, sin destruirnos o perjudicarnos? ¿Cuál es, por tanto, el orden y la jerarquía de los valores?.

En resumen, el valor moral es la bondad de una persona como resultado del buen uso que hace de su libertad, consciente de que es la libertad el núcleo de su humanidad y donde se juega su dignidad, su actuar o no como persona.

Jesucristo: “¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?. O ¿qué podrá dar el hombre a cambio de su alma?” (Mt. 16,26).

En resumen, el valor moral es la bondad de una persona como resultado del buen uso que hace de su libertad, consciente de que es la libertad el núcleo de su humanidad y donde se juega su dignidad, su actuar o no como persona. El valor moral, por tanto, es uno sólo. Cuando se habla de “valores morales” se refieren, más bien, a las virtudes morales, que son los aspectos concretos del valor moral.

### Los valores esenciales son absolutos..

“Absoluto” es sinónimo de perfecto, completo, incondicionado, definitivo, último, inmodificable, etc. Acostumbrados por la cultura actual a valorar sobremanera los bienes materiales, podríamos llegar a persuadirnos de que los bienes intangibles son pura fantasía, palabras vacías. No es sorprendente que hoy se tilde de “idealista”, “romántico” o “fanático” a quienes centran su vida y sus decisiones en los “valores espirituales”, en los “bienes intangibles”. Para la mayoría de la gente no hay nada definitivo, absoluto, inmodificable, puesto que lo único real es lo material (en todas sus formas), y lo material es todo menos absoluto. Pero realmente ¿no hay un bien absoluto que puede convertirse legítimamente en el valor absoluto?.

Alguien responderá que solamente existen los valores y los bienes concretos, siempre limitados y parciales pues son los únicos que constatamos en nuestra experiencia: ciencia, belleza, salud, bienestar, fama, honores, placer... Esos son bienes cuya existencia y realidad todos conocemos, aunque no todos los hombres aspiren a poseerlos todos (a algunos hombres no les interesa la ciencia, o la fama, por ejemplo). ¿Cuál es el valor Absoluto o el Fin Último que busca el hombre?. La respuesta es la de mayor impor-

tancia porque, lógicamente, el Valor Absoluto es el que debe ser buscado por encima de todos los demás. Y si se presenta un “conflicto de valores” (tener que elegir uno y sacrificar otro), el Valor Absoluto no puede ser sacrificado porque en tal caso el hombre se vería privado de lo máximo a que aspira (decir que “aspira” es decir que “necesita”, porque aspiramos a los valores porque los necesitamos).

Volvamos a nuestra experiencia humana. Buscamos bienes, valores, porque los necesitamos. Anhelamos algo y lo conseguimos; pero no nos detenemos ahí, no estamos satisfechos y anhelamos otra cosa, o “más de lo mismo”. La vida es un incesante sucederse de ambiciones, aspiraciones, satisfacciones y vuelta a empezar. Un hombre está muerto cuando ya no aspira a nada. (Esto no significa que el hombre no pueda estar momentáneamente satisfecho, en reposo). El motor de la vida humana es la insatisfacción con lo que actualmente se posee. La superación y la actividad son manifestaciones de la profunda insatisfacción del ser humano, que es estructural.

Pues bien, esta insatisfacción radical pone de manifiesto una realidad:

- a) Que todos los bienes o valores a los que aspiramos en nuestra vida son relativos, es decir, limitados, ya que no nos satisfacen por completo, o son destructibles y perecederos (sólo alcanzan a satisfacernos por algún tiempo).
- b) Que tiene que haber un Valor Absoluto, puesto que nuestra tendencia hacia una satisfacción completa y definitiva no puede quedar frustrada, en una búsqueda indefinida que nunca consigue su objeto adecuado. Si esa fuera la realidad, deberíamos afirmar que el hombre está mal constituido y por eso sus tendencias son caóticas y sin el objeto adecuado. Pero en la experiencia humana

descubrimos que todas las tendencias naturales tienen su objeto adecuado, de forma que conocemos la existencia del objeto (aunque no siempre su esencia) a través del análisis de nuestras tendencias. No obstante lo dicho, el tema de las tendencias naturales y su objeto es bastante complejo y hasta confuso, y no se pueden extraer de ahí conclusiones irrefutables.

Podemos concluir, resumiendo mucho la cuestión, que la existencia real y objetiva del Valor Absoluto:

- La presentimos con el “corazón” por nuestras ansias insatisfechas de Infinito.
- La deducimos con nuestra razón del hecho de que existen los “valores relativos”.
- Y la conocemos con certeza solamente por una intuición o revelación ético-religiosa.

### **El valor moral y el valor religioso son el Valor Absoluto.**

El valor moral (cualidad de nuestras acciones libres que las hace auténticamente humanas por su conformidad plena con la dignidad espiritual o racional del hombre) se adquiere en una acción dotada de plena libertad y racionalidad; es una acción llena de coherencia y autenticidad. Y el hombre sabe (aunque no siempre sepa verbalizarlo y articularlo en conceptos) que lo más importante, lo irrenunciable es ser y actuar como persona humana, ser fiel a sí mismo, mantener la integridad y armonía de su naturaleza humana. Por lo mismo el valor moral es absoluto ya que afecta a la persona en su esencia misma y define el ser o no ser —en cuanto a la acción— auténtico hombre. Y es tremendamente real, puesto que la calidad humana de una persona esta en función de cómo usa su

libertad y todo lo que la libertad implica. Los héroes morales y los santos son los más humanos entre los hombres.

Esto significa que los demás valores algunas veces pueden y deben ser sacrificados, pero no el valor moral, porque el hombre lógicamente puede y debe renunciar, en caso de necesidad, a todo lo “periférico” de su ser, antes que herir o destruir su núcleo íntimo: Su espiritualidad, transcendencia, responsabilidad, solidaridad *“Es preferible entrar ciego, cojo o manco en el Reino de los Cielos, que ser arrojado a la gehena con todos los miembros completos”*.

Aquí nos asalta una duda: ¿No suele decirse que el valor absoluto es la religión, la relación con el Creador?. La razón de ello es simple: Por la religiosidad el hombre se abre y toca las raíces mismas de su ser y existir, el Creador, la Causa Primera de todo. Dicho así quizá suena muy banal e irrelevante, pero un hombre, tarde o temprano, se enfrentará a la pregunta existencial y radical por el origen y destino final de su existencia. Afrontar esta pregunta y responderla adecuadamente, en la teoría y en la práctica, constituye la auténtica religiosidad, el “valor religioso”, un bien verdadero y fundamental para el hombre. Pero es bueno aclarar que no se trata de una pregunta abstracta y teórica, sino vital, existencial; es una verdadera experiencia mística e inefable que tiene lugar en las situaciones extremas, donde el hombre experimenta su fragilidad, su finitud, su debilidad, como también el puro amor, la belleza sin mancha, la vida eterna.

En esa “experiencia religiosa o trascendente” el hombre llega a saber que se encuentra, no ante una Idea o ante una Energía nebulosa, sino ante un Ser Personal, plenitud de inteligencia, libertad y amor, ante Dios. Y cuando el hombre, en pleno ejercicio de su libertad, decide dejarse arropar y guiar por Él, entonces ejercita la auténtica religión, que no tiene

Los demás valores algunas veces pueden y deben ser sacrificados, pero no el valor moral, porque el hombre lógicamente puede y debe renunciar, en caso de necesidad, a todo lo “periférico” de su ser, antes que herir o destruir su núcleo íntimo: Su espiritualidad, transcendencia, responsabilidad, solidaridad.

El valor moral se realiza cuando una persona descubre que el bien supremo para ella consiste en realizar su excelsa dignidad de “un ser libre”, en todo el significado extenso y profundo del concepto.

nada que ver con la religiosidad convencional, ritualista, costumbrista. Y en la religión encuentra y acepta las raíces más profundas de su ser y el punto de llegada de su existencia; encuentra el “sentido último” de su persona y de su vida. Por eso la religión así entendida es un valor absoluto.

¿Tenemos, entonces, dos valores absolutos: el moral y el religioso?. No. Un absoluto es único en su orden. El valor moral y el valor religioso son las dos caras de la misma medalla: La suprema dignidad, la perfecta libertad, la plena realización del hombre. La relación con Dios (correctamente entendida y vivida, desde luego) es la perfección de la ética, puesto que da a la ética su último fundamento, la certeza de sus principios y normas, y la fuerza para llevarlas a la práctica., puesto que el valor moral queda personalizado: Dios es el Bien Supremo, Dios es la Fuente de la obligación moral, Dios es la Fuerza para realizarlo en la vida concreta.

### Conclusión

El valor moral se realiza cuando una persona descubre que el bien supremo para ella consiste en realizar su excelsa dignidad de “un ser libre”, en todo el significado extenso y profundo del concepto. Cuando vive su verdadera libertad humana y se abre así al conocimiento de sí mismo y se decide a vivir siendo fiel a ella, realiza el valor moral; es como si se revistiera de una hermosa vestidura que antes no tenía, o mejor aún, experimenta una transfiguración de su persona. Quizá esa palabra, transfiguración, expresa bien la esencia del valor moral, puesto que es una irradiación desde dentro que llena de luz a toda la persona y su acción, porque vivir en la verdad y en el bien consciente y libremente es la máxima realización del espíritu humano. Como observó Alexis Carrell:

“Rara vez se encuentran en la civilización moderna individuos cuya conducta esté inspirada por una idea moral. Sin embargo, dichos individuos todavía existen. No es imposible dejar de notar su aspecto cuando los encontramos. La belleza moral es un fenómeno excepcional e inolvidable. El que la ha contemplado, aunque sólo sea una vez, nunca olvida su aspecto. Esta forma de belleza es mucho más impresionante que la belleza de la Naturaleza y de la Ciencia. Da a aquellos que la poseen sus dones divinos, una fuerza extraña e inexplicable. Aumenta el poder intelectual. Establece la paz entre los hombres. Más que la Ciencia, el Arte y los ritos religiosos, la belleza moral es la base de la civilización” (op.c., pag.131)

Todo lo que hoy se suelen llamar “valores morales” son sólo momentos o aspectos del valor moral, que mejor deberían designarse “virtudes morales” puesto que son hábitos de comportamiento en el respeto de bienes específicos: la vida, la verdad, el dominio de sí mismo, la justicia, etc. Pero lo que da sentido y hace posible esos comportamientos virtuosos es haber comprendido que el bien supremo es no traicionar la propia dignidad ni ofender la dignidad ajena, porque para eso nos hizo el Creador, porque esa es nuestra esencia profunda: Espíritu/persona abierto a la realidad, especialmente a los otros seres espirituales/personas y, por sobre todos ellos, al Espíritu Absoluto.